



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 12 de enero de 2005

El juicio de Dios

1. El himno que acaba de resonar desciende idealmente del cielo. En efecto, el *Apocalipsis*, que nos lo propone, lo une en su primera parte (cf. *Ap* 11, 17-18) a los "veinticuatro ancianos que estaban sentados en sus tronos delante de Dios" (*Ap* 11, 16), y en la segunda estrofa (cf. *Ap* 12, 10-12) a "una fuerte voz desde el cielo" (*Ap* 12, 10).

Así nos vemos involucrados en la grandiosa representación de la corte divina, donde Dios y el Cordero, o sea Cristo, rodeados por el "consejo de la corona", están juzgando la historia humana en el bien y en el mal, pero mostrando también su fin último de salvación y de gloria. Los cantos, que abundan en el *Apocalipsis*, tienen precisamente como finalidad ilustrar el tema del señorío de Dios que gobierna el flujo, a menudo desconcertante, de las vicisitudes humanas.

2. A este respecto, es significativa la primera estrofa del himno puesto en labios de los veinticuatro ancianos, los cuales parecen encarnar al pueblo de la elección divina, en sus dos etapas históricas: las doce tribus de Israel y los doce Apóstoles de la Iglesia.

Ahora, el Señor Dios todopoderoso y eterno "ha asumido el gran poder y comenzado a reinar" (cf. *Ap* 11, 17) y su ingreso en la historia no sólo tiene como fin frenar las acciones violentas de los rebeldes (cf. *Sal* 2, 1. 5), sino sobre todo exaltar y recompensar a los justos. A estos se los define con una serie de términos usados para delinear la fisonomía espiritual de los cristianos. Son "siervos", que cumplen la ley divina con fidelidad; son "profetas", dotados de la palabra revelada que interpreta y juzga la historia; son "santos", consagrados a Dios y temerosos de su nombre, es decir, dispuestos a adorarlo y a cumplir su voluntad. Entre ellos están "los pequeños y los

grandes", una expresión que usa con frecuencia el autor del Apocalipsis (cf. *Ap* 13, 16; 19, 5. 18; 20, 12) para designar al pueblo de Dios en su unidad y variedad.

3. Pasemos a la segunda parte del cántico. Después de la escena dramática de la mujer encinta "vestida del sol" y del terrible dragón rojo (cf. *Ap* 12, 1-9), una voz misteriosa entona un himno de acción de gracias y de júbilo.

El júbilo se debe a que Satanás, el antiguo adversario, que en la corte celestial actuaba de "acusador de nuestros hermanos" (*Ap* 12, 10), como lo vemos en el *libro de Job* (cf. *Jb* 1, 6-11; 2, 4-5), ha sido ya "arrojado" del cielo y, por tanto, ya no tiene un poder tan grande. Sabe que "le queda poco tiempo" (*Ap* 12, 12), porque la historia está a punto de dar un viraje radical de liberación del mal y por eso reacciona "con gran furor".

Por otra parte, destaca Cristo resucitado, cuya sangre es principio de salvación (cf. *Ap* 12, 11). Ha recibido del Padre un poder regio sobre todo el universo; en él se realizan "la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios".

A su victoria se asocian los mártires cristianos, que han elegido el camino de la cruz, sin caer en el mal y su virulencia, sino poniéndose en las manos del Padre y uniéndose a la muerte de Cristo mediante un testimonio de entrega y de valentía que los ha llevado a "despreciar su vida ante la muerte" (*Ap* 12, 11). Nos parece escuchar el eco de las palabras de Cristo: "El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para la vida eterna" (*Jn* 12, 25).

4. Las palabras del *Apocalipsis* sobre los que han vencido a Satanás y al mal "con la sangre del Cordero" resuenan en una espléndida oración atribuida a Simeón, *Catholicós* de Seleucia-Ctesifonte, en Persia. Antes de morir mártir, juntamente con muchos compañeros, el 17 de abril del año 341, durante la persecución del rey Sapor II, dirigió a Cristo la siguiente súplica:

"Señor, dame esta corona: tú sabes cuánto la he deseado, porque te he amado con toda mi alma y con toda mi vida. Seré feliz al verte y tú me darás el descanso. (...) Quiero perseverar heroicamente en mi vocación, cumplir con fortaleza la misión que me ha sido encomendada y ser un ejemplo para todo el pueblo de Oriente. (...) Recibiré la vida donde ya no habrá penas, ni preocupaciones ni angustias, ni perseguidores ni perseguidos, ni opresores ni oprimidos, ni tiranos ni víctimas; allá ya no sufriré amenazas de reyes, ni terrores de prefectos; nadie me llevará a los tribunales ni me infundirá temor; nadie me arrastrará ni me asustará. Las heridas de mis pies cicatrizarán gracias a ti, oh camino de todos los peregrinos; el cansancio de mis miembros hallarán descanso en ti, Cristo, crisma de nuestra unción. En ti, cáliz de nuestra salvación, desaparecerá la tristeza de mi corazón; en ti, nuestra consolación y nuestra alegría, se enjugarán las lágrimas de mis ojos" (A. Hamman, *Preghiere dei primi cristiani*, Milán 1955, pp. 80-81).

Saludos

Saludo cordialmente a los peregrinos de España y América Latina. Que vuestra peregrinación a la tumba de Pedro os aliente a ser apóstoles de la paz, venciendo siempre el mal con el bien. Muy agradecido por vuestra visita. ¡Feliz año nuevo!

Saludo por último a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. La fiesta del Bautismo del Señor, que celebramos el domingo pasado, os ayude, queridos *jóvenes*, a redescubrir con alegría el don de la fe en Cristo; a vosotros, queridos *enfermos*, os dé fortaleza en la prueba; y a vosotros, *recién casados*, os impulse a hacer de vuestra familia una auténtica iglesia doméstica.